

LA SAËTA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 25 de Noviembre de 1897

Núm. 366

ALREDEDOR DEL MUNDO



FRANCIA. — Monumento á la memoria del almirante Courbet



En los campos. — El fruto regalado

Dos amigos

I

Alberto Saint-Lye y Luís Forgeron eran compañeros de colegio en X... y se les citaba por su constante rivalidad, que no se revelaba únicamente en las aulas por medio de la emulación, sino también á puñetazos durante las horas de recreo.

Una vez se desafiaron formalmente y no se realizó el lance, porque el armero á quien pidieron las espadas denunció el caso al director del colegio.

La víspera del día en que debían salir para París con el objeto de tomar el bachillerato, Luís Forgeron cayó gravemente enfermo. Alberto declaró que no partiría solo, pues quería vencer cara á cara á su rival, y al informarse de la salud de su compañero, supo que, según el parecer del médico, dejaría de existir al día siguiente.

La noticia le llenó de estupor, y movido el mozo á piedad, solicitó permiso para pasar la noche en el cuarto del enfermo.

Luís deliraba y Alberto estaba sentado á su cabecera, asistiéndole con todo esmero y escrupulosidad.

Al amanecer cesó el delirio, y la crisis presentó un aspecto favorable.

Luís se despertó sobresaltado, y exclamó :

— ¡ Alberto ! ¡ Alberto ! ...

— ¡ Aquí estoy ! — contestó éste sollozando.

— ¡ Gracias ! — replicó Luís con acento de satisfacción.

Cuando vino el médico, declaró que el enfermo estaba fuera de peligro.

Los padres de Luís afirmaron que su amigo le había salvado.

Cuando los dos condiscípulos salieron juntos para París riéronse en grande de sus antiguos odios, que no eran más que la fermentación de sus dos corazones, demasiado semejantes para necesitar esa compensación de fuerzas que preside á la mayor parte de las amistades.

Desde entonces fueron Luís y Alberto los mejores amigos del mundo.

El primero tenía la manía de coleccionar autógrafos, y el otro mostraba extraordinaria afición á la poesía, sin que ninguno de los dos tuviese necesidad de trabajar, porque sus padres eran inmensamente ricos.

Aunque nada se ocultaban, no todo se lo decían, pues los verdaderos amigos viven entre cristales y no tienen necesidad de descubrir recíprocamente el estado de su conciencia.

Esta fué la causa de que Luís no diera cuenta á su amigo Alberto de la impresión que le había producido una joven á quien conoció en una tertulia.

Pero cuando tuvo la seguridad de que era correspondido y trató de casarse, reveló á su amigo el secreto de su corazón.

Alberto se puso pálido al tener noticia de aquellos amores, y exclamó tristemente:

— ¡ Sé feliz ! ...

— Haz lo que yo — repuso Luís — cástate.

— No tengo afición al matrimonio.

Indudablemente se interpuso algo entre aquellas dos almas, tan estrechamente unidas.

El mismo día de la ceremonia nupcial, despidióse Alberto de los recién casados, sin que éstos lograran, en modo alguno, hacerle desistir del largo viaje que iba á emprender.

Al principio escribió varias cartas muy afectuosas ; pero al poco tiempo cesó en absoluto la correspondencia.

— ¡ Esto ha concluído ! — dijo un día Luís á su esposa. — Alberto ha dejado de escribirnos. ¡ Qué ingrato es ! Si encontrara una mujer como tú, volveríamos á tenerle á nuestro lado.

— Pues muchas mujeres como yo hay en el mundo — contestó madame Forgeron.

II

Luís supo un día que Alberto se había hecho jugador, y que tenía dilapidada casi toda la fortuna heredada de su padre.

— Es posible — decía Luís — que cuando esté completamente arruinado se acuerde de mí.

Al cabo de cinco años de matrimonio, murió madame Forgeron.

Una hora antes de exhalar el último suspiro, la buena señora llamó á su marido y le dijo :

— Te lego mi corazón multiplicado en nuestros hijos y te devuelvo el afecto de tu amigo del alma. Acércate y escúchame con atención. ¿ Sabes por qué Alberto Saint-Lye se alejó de Paris cuando nos casamos y se ha hecho jugador ? Porque me amaba al mismo tiempo que tú y no quise corresponder á su pasión. Contaba con tu amistad para

ALREDEDOR DEL MUNDO



ITALIA. — Puente Sirena en Sextos

consolarle de mi negativa, y al saber que yo te adoraba, tuvo miedo de sus celos y resolvió alejarse para siempre. Ha dilapidado su fortuna para no pensar en nosotros. Su ruina demuestra que continúa siendo fiel á tu amistad. Como el mal no tenía remedio, de nada hubiera servido que te hubiera dicho lo que ocurría.

Luís lloró á la encantadora mujer que había perdido, y al poco tiempo se consagró á buscar á su amigo. Encontróle en Venecia, se echó en sus brazos, y sin hablar una palabra de la muerta, los dos antiguos compañeros viajaron juntos por Italia y por el mediodía de Francia.

Un día, en Niza, adivinó Luís que Alberto luchaba con grandes dificultades para no entregar á sus acreedores los últimos restos de su fortuna, consistente en una casa y un jardín lleno de plantas raras y de exquisitas flores.

Sin vender esta propiedad no podía pagar sus deudas. Luís, que había oído la conversación entre un notario y su amigo, presintió que Alberto se mataría, si llegaba á vender su finca.

Le hizo varios ofrecimientos, pero Alberto los rechazó siempre con energía.

Al día siguiente dieron un largo paseo y después de comer se dirigieron al casino.

— ¿Quieres que juguemos unas cuantas partidas? — le preguntó Luís.

— No tengo nada que perder — contestó Alberto.

— Sí, hombre — repuso Luís — tengo en el bolsillo un precioso autógrafo para mi colección. Te lo juego contra esa flor que llevas en el ojal de la levita.

— El partido me parece desigual. Pero ¿de quién es ese autógrafo?

— De un personaje muy importante.

— Corriente. ¿A qué vamos á jugar?

— Al ecarté.

Los dos amigos, rodeados de varios mirones, se pusieron á jugar. Luís quería perder y perdió.

— ¿Quieres el desquite?

— Nô, basta ya. Además, no tengo ningún otro autógrafo que perder.

Alberto rasgó el sobre que acababa de entregarle su amigo y sacó un talón de algunos miles de francos firmado por Rothschild.

— ¿Qué significa esto? — preguntó lleno de asombro.

— ¿Negarás acaso que el autógrafo sea de un personaje importante?

— No lo admito.

— No tienes derecho á rechazarlo.

— ¿Es esto una celada ó una broma?

— Si hubiese yo ganado la flor, la habría aceptado.

— ¿Una flor contra una fortuna? Si otro cualquiera me hubiese hecho un ofrecimiento semejante, habría tenido que batirse conmigo.

— Como en el colegio, ¿no es verdad? ¡Eres un niño, Alberto!

— ¡Ah, Luís, Luís!...

Los dos amigos se abrazaron ante los concurrentes, los cuales elogiaron de un modo extraordinario la conmovedora escena que acababan de presenciar.

No hubo necesidad de vender la finca, y Luís y Alberto no volvieron á separarse jamás.

¿Cuál de los dos hizo mayor gala de cariño y abnegación?

LUÍS ULBACH.

El juramento

Que te jure de nuevo amor ferviente,
que la promesa de mi te sagrada
como borra las nieblas la alborada
borre las dudas que tu pecho siente;
que llenas tú mi corazón ardiente.
que tengo en tí mi vida concentrada
y que fuera de tí no existe nada
que á amar me incite ni á sentir me aliente;
tal me exijas que te jure, cruel agravio
á una pasión que mi existencia agota.
¿Qué valdrá el juramento de mi labio,
ante ese llanto de ternura lleno
que de mis ojos cae, gota á gota,
á humedecer tu palpitante seno?

FÉLIX PIZCUETA.

Celos mal reprimidos

El amor con que entonces la quería,
amor de colegial, sencillo y tierno,
se cambió de repente en un infierno
de celos, que mi pecho consumía.

Mil veces me juró ¡quién lo diría!
un cariño sin límites, eterno...
y duró solamente aquel invierno
el amor que la ingrata me tenía.

Cuando más dulces eran mis amores,
al venir la fecunda primavera,
estación favorita de las flores,
la encontré en San Isidro, en la pradera,
merendando, la infiel, con dos señores
y un sobrino carnal de su portera.

RAMÓN LÓPEZ ARROJO

L. PERREY



La diosa de la noche



La prohibición de amar

Los recuerdos se asocian como las ideas.

¿Por qué ha venido hoy á mi memoria aquella aventura de nuestros primeros años?

He penetrado en un templo para dar á la sensación su pan de misticismo, y mientras ella sentía los escalofríos con que en otro tiempo me estremecía en las primeras frases de la plegaria, en mi inteligencia se fijaba tu recuerdo obstinadamente, y tras un pensamiento otro, iba retrocediendo en mi vida hasta llegar á aquel instante en que tú y yo, también en una iglesia, pendientes de la oratoria de un santo sacerdote, oíamos con turbación de nuestras almas, y revelándose un misterio en nuestras conciencias, «que el amor es cosa prohibida».

¿También aquel amor con que nos amábamos nosotros? ¡Nunca, nunca habíamos pensado que fuese pecaminoso!

Desde el púlpito bajaban anatemas entre elocuentes y terroríficos períodos de una oratoria exaltada contra los torpes goces de la carne, y cada palabra era un lazo que nos unía en una misma idea á tí y á mí; que encendía en nuestros pechos la ardiente llama de un algo desconocido que nos aterrorizaba y al mismo tiempo inundaba de delicias nuestros cuerpos.

Las sonrisas que cambiamos en el templo, la mirada que al aproximarnos me dirigiste, no pude saber, porque no me parecieron ni aquellas miradas ni aquellas sonrisas de ingenua franqueza; no sé por qué, ví en ellas tentaciones, y más allá, la complacencia diabólica del ángel inspirador de los pecados.

¿Por qué eso?

¿Por qué me turbé al mirar tus hechizos?

¿Y por qué, no obstante, contemplé con fruición, superior á mi vergüenza, tu seno palpitante; agitado, quién sabe, por ansiedad igual á la que en mi pecho había?

Tus cabellos negros, tus hermosos cabellos negros y sedosos, tus ojos grandes, grandes y oscuros, impenetrables, ¿por qué no se me antojaron como antes y adiviné caricias para ellos?

¿Por qué á su sola vista, sentí brotar de lo más profundo de mi sér, fuentes de voluptuosidad?

La confusión de ideas en mi cerebro sólo podía compararse á la confusión de sentimientos que existía en mi corazón.

Tu presencia me comunicaba ardores y energías cuyas causas ignoraba. Sentía estímulos desconocidos por mí hasta entonces, y cuando cruzamos la primera palabra, me llenó de extrañeza notar que tu voz emocionada y que tus frases entrecortadas, parecían un eco de los míos. ¡Tan iguales habían sido en nosotros los efectos!

Del momento del sermón al de nuestro primer beso, nuestro primer beso en los labios, transcurrieron breves horas. ¿Te has acordado, después, en alguna ocasión, de aquel beso?

Largo, largo, larguísimo, grande, inmenso, á la medida de nuestras almas jóvenes y sanas, que creíamos dar en cambio de aquel transporte, y que se agotaron al ofrecer su primer tributo á la madre de las delicias, á la eterna voluptuosidad.

Jamás, ya nunca, ni á tí, he vuelto á besar de aquel modo... Y es que tampoco jamás he vuelto á creer que por un beso se perdiera un alma, ni nadie, nunca, ha pretendido después hacerme en serio la prohibición de amar.

TOMÁS ORTS-RAMOS.

Eterno tema

— Pero... ¿por qué te querré tanto? — me dijistes de improviso.

Una descarga eléctrica no hubiera producido en mí ser tan profundo estremecimiento como aquellas benditas frases...

Se cruzaron nuestras miradas y los ojos se retaron á singular combate. Hubo una pequeña pausa, breve, como la dicha, y que á mí me pareció interminable.

¿Qué sentí en aquel momento?... ¿Qué encontradas ideas se atropellaron en mi mente?... No podría explicarlo; sólo sé que quedé sobrecogido como el criminal á quien se sorprende cuando se cree libre de toda sospecha.

Porque yo nunca había dejado traslucir mis sentimientos. Aquel amor que por tí sentía procuraba esconderlo en lo más recóndito de mi alma, con el mismo cuidado que el avaro oculta su tesoro. Mi secreto lo creía inviolable, y si así pensaba, era porque temía perder tu cariño de amigo; dejar de oír los arrobadores acentos de tu voz fresca y candorosa; no contemplar más tus ojos, negros como el infortunio y ardientes como mi pasión... En mi reserva gozaba de los misteriosos placeres de lo ideal, forjando

J. LIECK



¿Le diré que le amo?



El jefe chino Chu-Koang

en mi cerebro mil quiméricas ideas que compendiaban toda la dicha imaginable. ¡Era el más feliz de los infortunados! porque el recuerdo de tu imagen seductora confortaba mi abatido espíritu y lo sostenía en la titánica lucha que venía librando entre el deber y el deseo... Porque ¡sábelo! yo te respetaba aun más, muchísimo más de lo que te idolatro...

Antes, creí poder triunfar, y cuando, después de esfuerzos sobrehumanos y de tristezas infinitas, habíame casi acostumbrado al sufrimiento... *¿por qué te querré tanto?* me dijistes, derrumbando de golpe la fortaleza que yo había construido para encarcelar mi secreto... *¿Acaso lo adivinastes?...* *¿Tuviste compasión de mi desdicha, ó quisiste atormentarme, despiadada?...*

¡No quiero saberlo!

Luego, has vuelto á repetir que me quieres, pero desde que tal declaración hicistes, no has iluminado mi alma con tu mirar franco y decidido; parece que mi presencia te infunde recelo, y mi voz te atormenta y mi mirada te ofende...

¿Por qué, pues, rompiste el dique que contenía los impulsos de mi alma? Si me querías, y te estaba vedado amarme ¿por qué no te decidiste á colaborar conmigo en la sublime obra de la resignación, puesto que nuestro amor era imposible?... imposible

por ser ilegal, é ilegal porque á la sociedad así se le antoja que sea, incurriendo en la más inicua de las aberraciones.

El mundo casi desconoce lo sublime, y si de ello tiene alguna, aunque pobre idea, es por remota referencia de tiempos más venturosos que los en que hoy vivimos...

He aquí tu obra.

Con tu ingenua declaración de amor, labraste mi eterno tormento y tu constante inquietud...

¡Tú, esclava de tu deber: yo, víctima del amor que te tengo! Dos almas fundidas en una sola aspiración; dos seres separados por las utópicas pretensiones de un mundo egoísta.

¿Y tendremos que resignarnos á ese tiránico yugo?

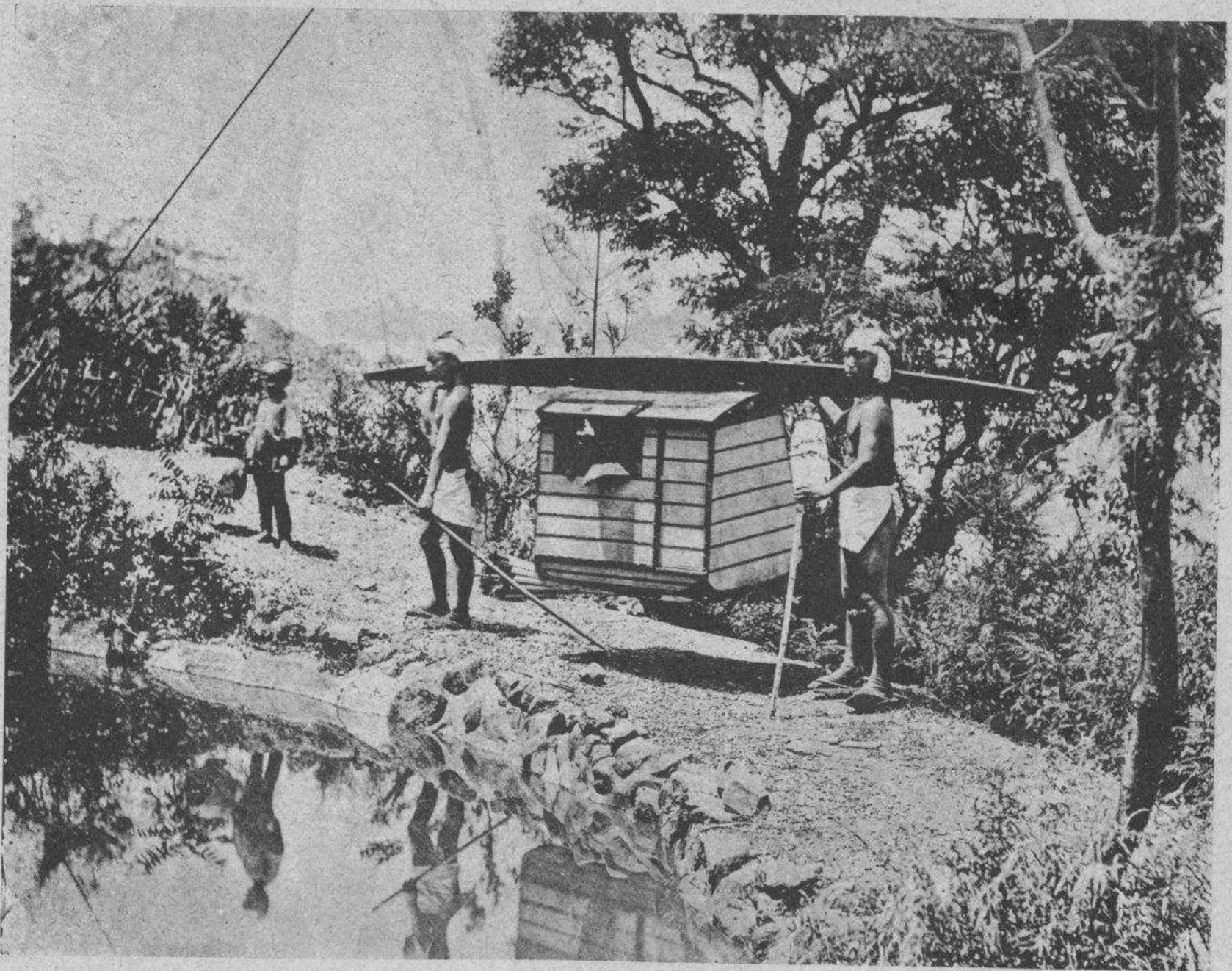
Hoy sí; pero... ¿y mañana?... ¡Quién sabe!...

Digamos con los fatalistas:

¡Lo que está escrito!

C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



Portatín chino del jefe Chu-Koang

El pájaro diseado

¿Me pedís que alborozado rime y cante? ¡Buena es esa! ¿cantar habéis escuchado á un pájaro diseado que tengáis sobre la mesa?

Erguida en su pedestal luce el ave, bien ó mal, de su plumaje las galas, y os mira, abriendo las alas, con sus ojos de cristal.

Mas no late el corazón, ni ha de surgir la canción bajo la brillante ropa: tiene garganta y pulmón llenos de serrín y estopa.

Como el ave diseada parezco vivo también: aun la frente alzo animada, y aun reflejo en la mirada amor, orgullo ó desdén.

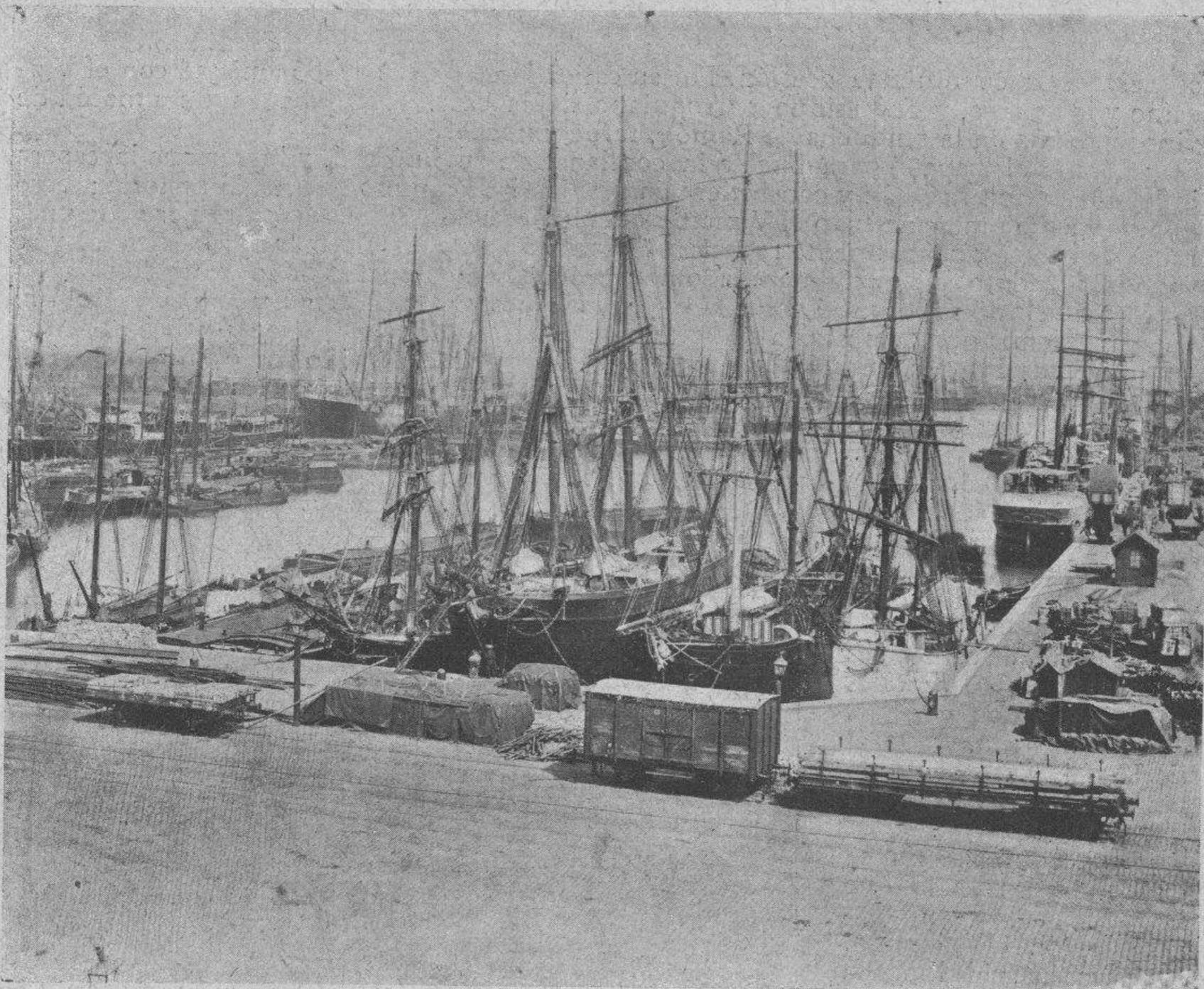
Aun, fingida ó verdadera, brota mi risa quizás; aun soy el mismo... ¡por fuera! por dentro, que viva ó muera, poco importa á los demás.

Males que en mí se cebaron las entrañas me arrancaron, á mi cantar dando fin, y en maniquí me trocaron lleno de estopa y serrín.

TEODORO LLORENTE.



Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler



AMIENS (Francia). — El puerto

El Vizcaíno

Todo el mundo le conocía en Caracas y no había quien no hablara con gran respeto de Ramón *el Vizcaíno*, quién como indicaba su alias, era un español de tomo y lomo, nacido y criado en aquella hermosa tierra que protege con su sombra el árbol de Guernica.

Tenía una tienda de comestibles, y como se guisaba en ella también, se convertía la trastienda en fonda. De esta manera iba tirando el bueno de Ramón, ahorrando poco, pero sin deber un cuarto á nadie y pensando en el dichoso día en que le fuera posible volver á su rincón de la provincia de Vizcaya.

Era hombre de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura y enjuto de carnes. Trataba á todo el mundo con gran cortesía, advirtiéndose claramente que por naturaleza era reservado y apático y poco amigo de zalemas y genuflexiones. Parecía un bendito de Dios, con su cara bonachona, y su modo especial de hablar, que recordaba las concordancias de su tierra.

Me extrañaba, por lo tanto, que los concurrentes, gente soez y de esa raza latino americana, que no se distingue por su comedimento, le trataran con tanto respeto.

Pregunté la historia de aquel hombre. Ramón había llegado á Caracas junto con su mujer; una gallega, en calidad de emigrante, y sin más dinero que un par de pesos, ni más ropa que la puesta. Cómo se las compuso para tener al cabo de un año la tenducha de comestibles, es cosa que está por averiguar todavía, gracias á la reserva habitual del Vizcaíno. Pero el caso es que era dueño de ella y que los pocos españoles que había en la ciudad, y muchos venezolanos y yankees, acudían allí en busca de pitanza sana y bien aderezada, y que la casa marchaba muy bien.

Su mujer, guapa y nada arisca, servía más que la bondad de la bazofia para tener siempre concurrida la tienda.

Un día acudió á ésta un catalán alto, recio, membrudo y con un buen humor que no se desmentía en ninguna ocasión. Por su calidad de español trabó amistad con el Vizcaíno y la gallega, y fué asiduo parroquiano de la casa. Trabajaba en un almacén de vinos y comía en la tenducha de Ramón, tarde y noche.

¿Cómo se las apañó para burlar la confianza de su huésped, y lograr que la esposa infiel se enamorara de él, y consintiera en seguirle? Eso no lo cuenta la historia; pero ello es que una mañana tuvo el Vizcaíno que deplorar la pérdida de su mujer y de unas miles de pesetas, penosamente recogidas. El catalán no apareció más por la tienda, y se supo bien pronto que había marchado hacia Méjico en compañía de la gallega.

Ramón sintió sin duda el golpe y la felonía; pero nada se traslució en su actitud ni en su fisonomía que demostrara su dolor y su pena.

Unos días después de aquella escapatoria un yankee, fornido como un gigante, hablando de la guerra de Cuba, decía pestes de España en la tienda de Ramón. Alguien le hizo notar la presencia de éste y el yankee, encogiéndose de hombros, dijo:

— ¡Bah! Ese es inofensivo.

¿Qué viento de ira sopló en el cerebro del Vizcaíno?

Ante el juzgado declaraba dos horas más tarde que había *arrojado* á Jonh Sewart, desde la tienda á la calle, por insultos y ofensas á España.

Lo que en su modestia callaba el Vizcaíno, es que antes de *arrojarlo* le había roto dos costillas de una puñada, y que al *tirarlo* á la calle como un maniquí, se había roto el gigante una pierna.

Sabida esta historia me expliqué el respeto que inspiraba á los venezolanos Ramón el Vizcaíno.

El yankee pide limosna apoyado en una muleta, y no ha tratado de buscar el desquite.

A. RIERA.



Para ver la maravilla
de España y aquel salero,
hace días á Sevilla
fué Chulalongkorn primero.

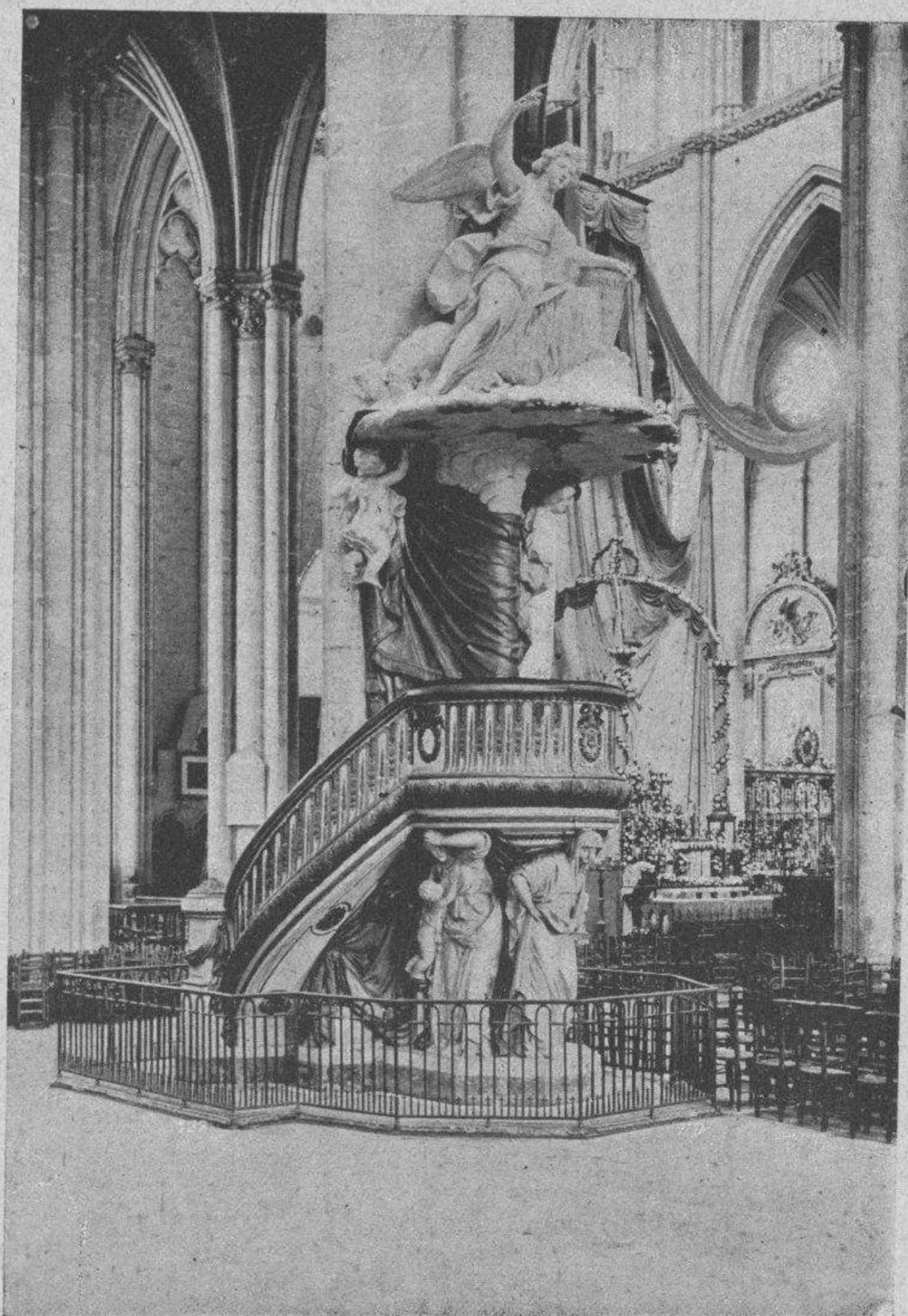
Y aunque vió lindas chu-
[lapas,
moviendo el cuerpo salado,
ante aquellas chicas guapas
no se sintió emocionado.

Claro, decía á su gente
juzgándose superior:

-- ¡Si son chulas solamente,
y yo soy Chula... longkor!

J. RÓDAS.

ALREDEDOR DEL MUNDO

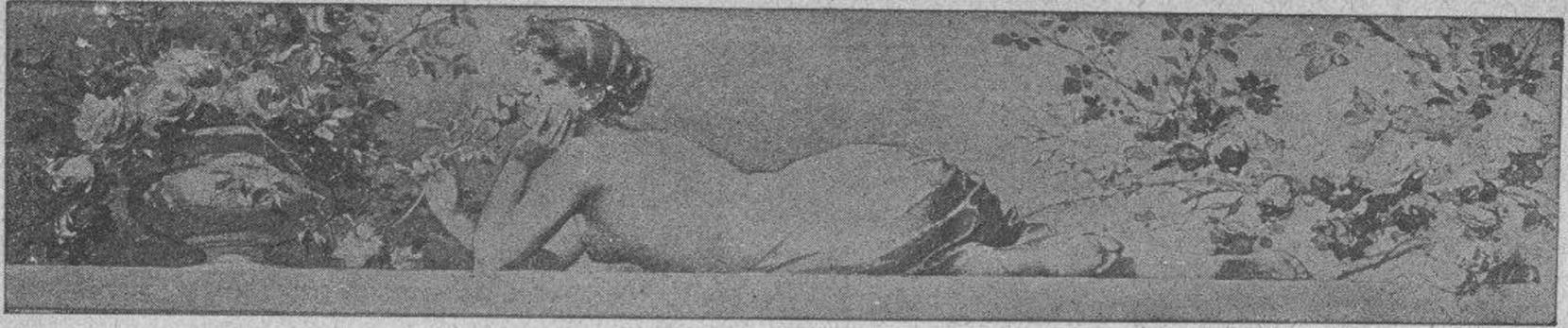


Catedral de Amiens. — El púlpito

J. PASSOS



¡ Esperándole!



¡Esos poetas!

(Solfeo)

Bueno va.

Los muchachos jóvenes, y aun personas que ya no son jóvenes, y quedan por lo visto en la gozosa condición de muchachos, perdurablemente, escriben versos, muchos versos, maliciosos, epigramáticos... ¡ con una picardía tal ! y que no sé cómo diablos se las componen para multiplicarse ; no tiene uno tiempo de cerrar y abrir los ojos cuando se encuentra al paso con hornada nueva, de gente desconocida, pero... poética.

Yo no lo censuro, porque la juventud ha de tener ilusiones, aunque los vates que se encuentran en la edad feliz digan que no, y se presenten desengañados y con mucha hiel... en las puntas de la pluma. Alguien ha de escribir rayas cortas, cuando menos para que no se salgan con la suya los que pregonan que la forma poética está llamada á desaparecer. ¿ Desaparecer ? ¡ Un galgo ! No hay como verse obligado á despachar la correspondencia de un periódico para persuadirse. Sería justo que se condenase á los señores del Ateneo de Madrid, que tan peregrina afirmación hicieron, á leer todas las cartas que reciben los semanarios españoles. ¡ Ay, qué prodigio de nombres ! ¡ qué confusión de ilustres ! ¡ y qué fecundidad la de esas señoras musas desde que han desaparecido del Parnaso y andan arrastrándose por los cuarteles de la humana bobería !

Recuerdo una época en que se tomaba á mal que los niños poéticos dieran en parecerse á Grilo, á Ferrari, y á otros de los del arpa eólica ; ahora, ni eso ; ya podríamos darnos con un canto en el pecho si los poetas se contentaran con ser ripoños y hueoros... hábiles en producir aquella sonoridad de las campanas que nos ha señalado Salmerón (no el filósofo) como *mayor belleza* de la poesía. Nó, ahora los notables no poseen ni el sentido ortográfico, y dejan á cada paso sin *h* la tercera persona del verbo haber, si bien no descuidan el colgársela á la palabra armonía... para probar que están al corriente con la Academia, pero sin enterarse de lo que dice la gramática más allá del forro.

Pues ¿ y cuando toman en serio lo de ser poetas, y no contentándose con su *fecundidad propia*, acuden á la del vecino ?

No digo que se encuentren en este caso los señores Isanta y Rafael Maroto ; pero sí digo que me parece graciosísima la madeja que entre los dos han enredado. Isanta defiende que Maroto le copió unos versos ; Maroto llama en carta que tengo á la vista plagario á aquel señor, y acude á mi imparcialidad para que aclare el punto.

¡ Claridades ! Dios las dé. El señor Maroto confiesa que pueden haberme remitido con su firma, versos que no escribió él jamás, y que son ó deben de ser, pues ya no me fio, de otros señores que no he de citar para evitarme nuevas reclamaciones.

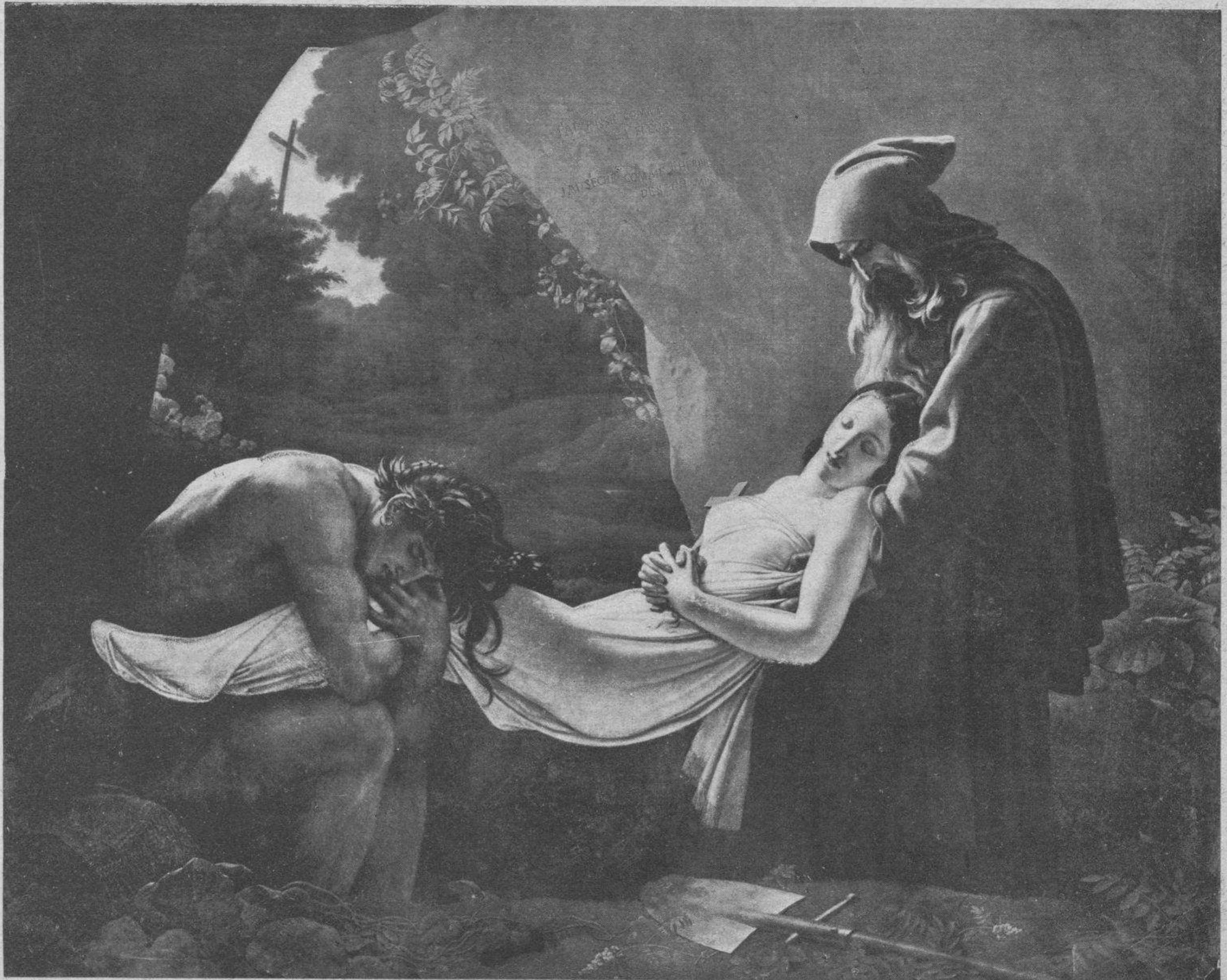
Mi imparcialidad queda en esto ; creo la palabra y la confesión de Maroto ; no dudo de la de Isanta ; pero hablemos claro : todo eso me parece poco serio. Las últimas menudencias firmadas por Maroto, no son de este señor, exceptuando la cuarta ; las otras dice que las desconoce ó que son plagios de otras suyas ; Isanta reclama la paternidad de una de ellas, y con lo expuesto ya nadie me puede exigir más.

Lo que añadiré en descargo de mi conciencia, es que aquello del *castigo* por un solo beso, recuerda bastante al inmortal Bartrina, ¡ y ese sí que era poeta ! Ahora para concluir, una advertencia saludable. Mi condescendencia en *Barcelona Cómica* sirvió de mucho á determinados jóvenes, que á la sazón no escribían en ninguna parte y que luego he visto en otras Revistas literarias, hasta en la *Ilustración Española*.

Al encargarme de LA SAETA, hállome con nombres nuevos, á quienes algo puede beneficiar el que no se les cierren sistemáticamente las puertas. No lo digo por Maroto é Isanta ; á todos y á ninguno mis advertencias tocan.

Con que caballeros, no enredar, y conténtese cada cual con las facultades que Dios le haya concedido. Al fin y al cabo, aún aquellos que ya han asaltado las *Ilustraciones*... no escriben más que versos estimables.

CLAK.



(EPISODIO HISTÓRICO)

I

—¡Alto!

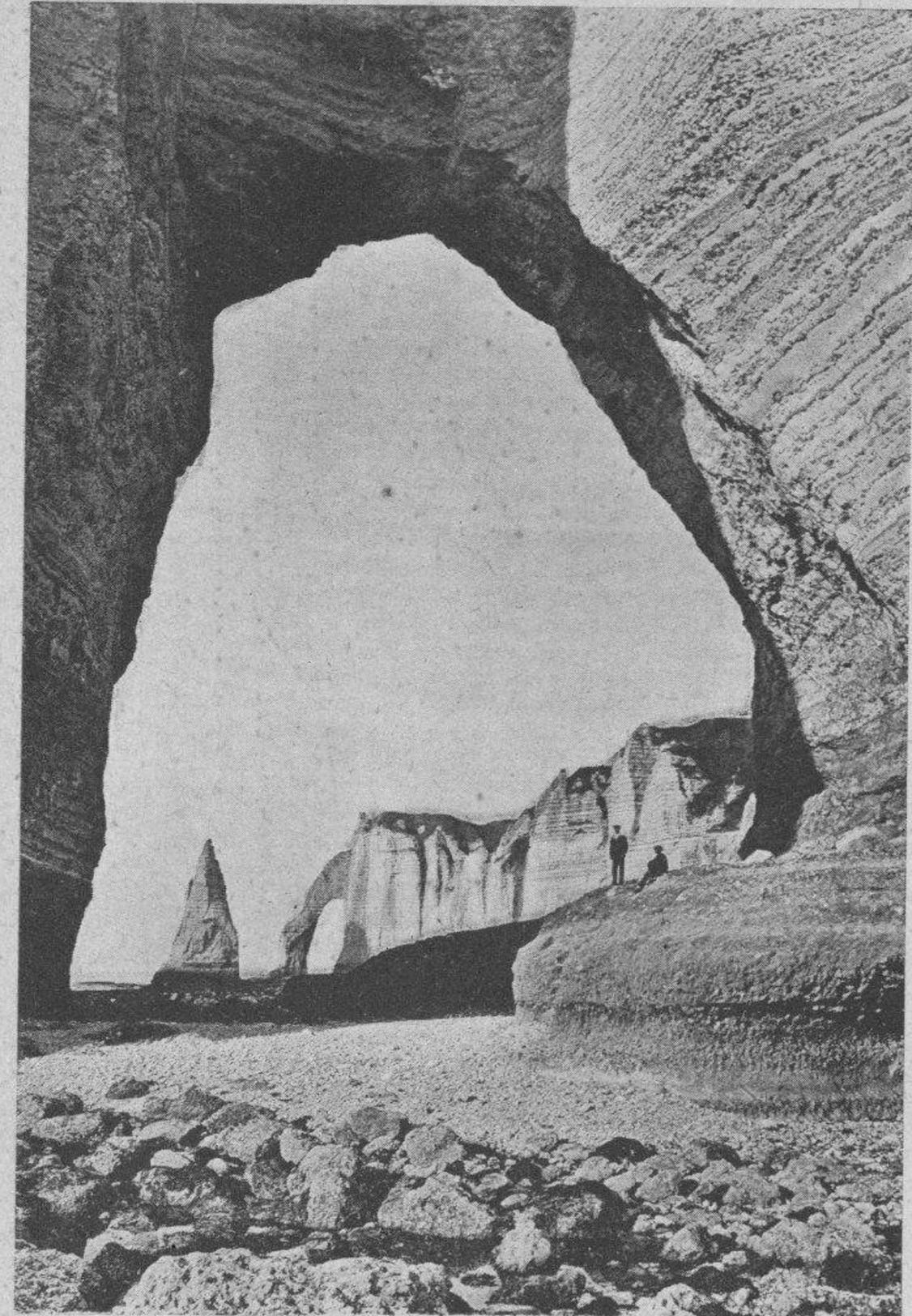
A esta intimación dirigida con acento rudo y apoyada en doce sólidos argumentos, que en forma de doce trabucos formulaban otros tantos hombres, aparecidos como por ensalmo á ambos lados de la carretera, el mayoral detuvo bruscamente sus mulillas y la diligencia quedó inmóvil en medio del camino.

A las ventanillas del pesado vehículo asomaron las cabezas azoradas de los viajeros; pero entraronlas todos al punto ante la inclinación poco tranquilizadora que tomaban los tubos maléficis empuñados por los doce bigardos.

—¿Qué es eso?— preguntó un señor flaco despertando alarmado del tranquilo sueño que descabezaba en uno de los rincones del cupé.

—No... no sé... pero... su... su... pongo que... se... serán... la... la... droñes... — tartamudeó otro señor que ocupaba el centro.

—¿Pues no decía usted hace poco que no los había por esta serranía?



ETRETAT. — La gruta de Aval

El interpelado, que daba diente con diente, no contestó; y en su lugar lo hizo un fraile corpulentísimo que llenaba el otro rincón.

—Verá usted, si antes no los había... los hay ahora, á lo que parece.

La misma voz imperiosa que había dado el «alto» se dejó oír de nuevo:

—¡Ea! caballeros... pie á tierra todo el mundo, callandito y aprisa; y entiendan que al primero que se desmande se le alumbrará un tiro.

Mustios y temblorosos fueron bajando los viajeros, sin atreverse casi á mirar en redor suyo. Eran catorce, justos y cabales: tres del cupé, seis del interior, tres de la trasera ó rotonda y dos que se habían contentado con viajar en la *vaca* ó parte superior del vehículo, junto á los equipajes. Contando el mayoral, el zagal y el postillón, sumaban los detenidos un contingente de diez y siete personas: diez y seis varones y una hembra; muy guapa ésta por cierto, de tipo un sí no es achulapado, de buenas carnes, ojos negros y ademán resuelto. Era la única que no parecía amedrentada, y al descender ligera del estribo hizo un palmo de narices á dos bandoleros que la echaban un piropo tabernario.

—Dame la lista de los señores viajeros— ordenó el capitán de la cuadrilla dirigiéndose al mayoral, quien sacó sin resistencia de las interioridades de su chaqueta una hoja de papel.

—A ver... —prosiguió volviéndose hacia sus hombres— Pacorro, Celestino, encargaos vosotros dos de registrar los baúles: tú, Geromo y tú, Curruto, inspeccionad, pero

con todo miramiento, los bolsillos de estos señores. Galápago, tú examinas el interior del coche.

Las órdenes del jefe, que era un tipo muy vistoso de salteador de caminos, buen mozo, joven todavía, bien plantado y bien vestido, fueron cumplidas con toda escrupulosidad y maravillosa rapidez. Conocióse á la legua que los cinco delegados-inspectores eran maestros consumados en esa clase de operaciones: á los diez minutos, el botín se ostentaba con toda su riqueza y variedad de matices á los ojos hechizados de los bandidos: había allí sobre unas mantas que se echaron para preservarlos del polvo de la carretera gran acopio de objetos: prendas de vestir, sederías, chirimbolos de toda suerte, joyas y dinero; de estos dos últimos artículos se habían hecho varios montoncitos, correspondientes á cada pasajero desbalijado. De lo que nacía naturalmente una desigualdad notoria; ciertos montoncitos, los menos, presentaban tentador aspecto; otros eran de poco valor; dos no ofrecían á la mirada más que un par de pesetas y algunos cuartos.

Terminada la investigación, que se practicó en medio de un religioso silencio, el jefe recorrió con los ojos la lista que le había entregado el mayoral. Una expresión satisfecha iluminó su semblante, y volviéndose hacia el consternado grupo, dijo:

— Señores: voy á pasar lista: cada uno de ustedes tendrá la bondad de contestar ¡presente! cuando oiga su nombre. ¡Atención!

Y con acento clarísimo empezó:

— Muy Ilustre Sr. D. Tiberio de Galorózpide, Presidente de Sala.

— Pre... pre... sente... — respondió una voz profundamente alterada.

— Reverendo padre fray Hortensio del Rosario, Provincial de franciscanos.

— Presente... — dijo una voz de bajo profundo.

— Sr. D. Timoteo Gracían Uberruscosa, Catedrático de Filosofía.

— Presente... — entonó una tercera voz engallada.

— Sr. Cosme Riudaña, comerciante en paños. . Señor Venancio Prats, hacendado... Sr. Indalecio Balumba, tablajero... — Continuó el capitán pronunciando estos y otros nombres y anunciando las respectivas profesiones. Y á cada llamamiento respondía una voz emocionada un reglamentario «presente».

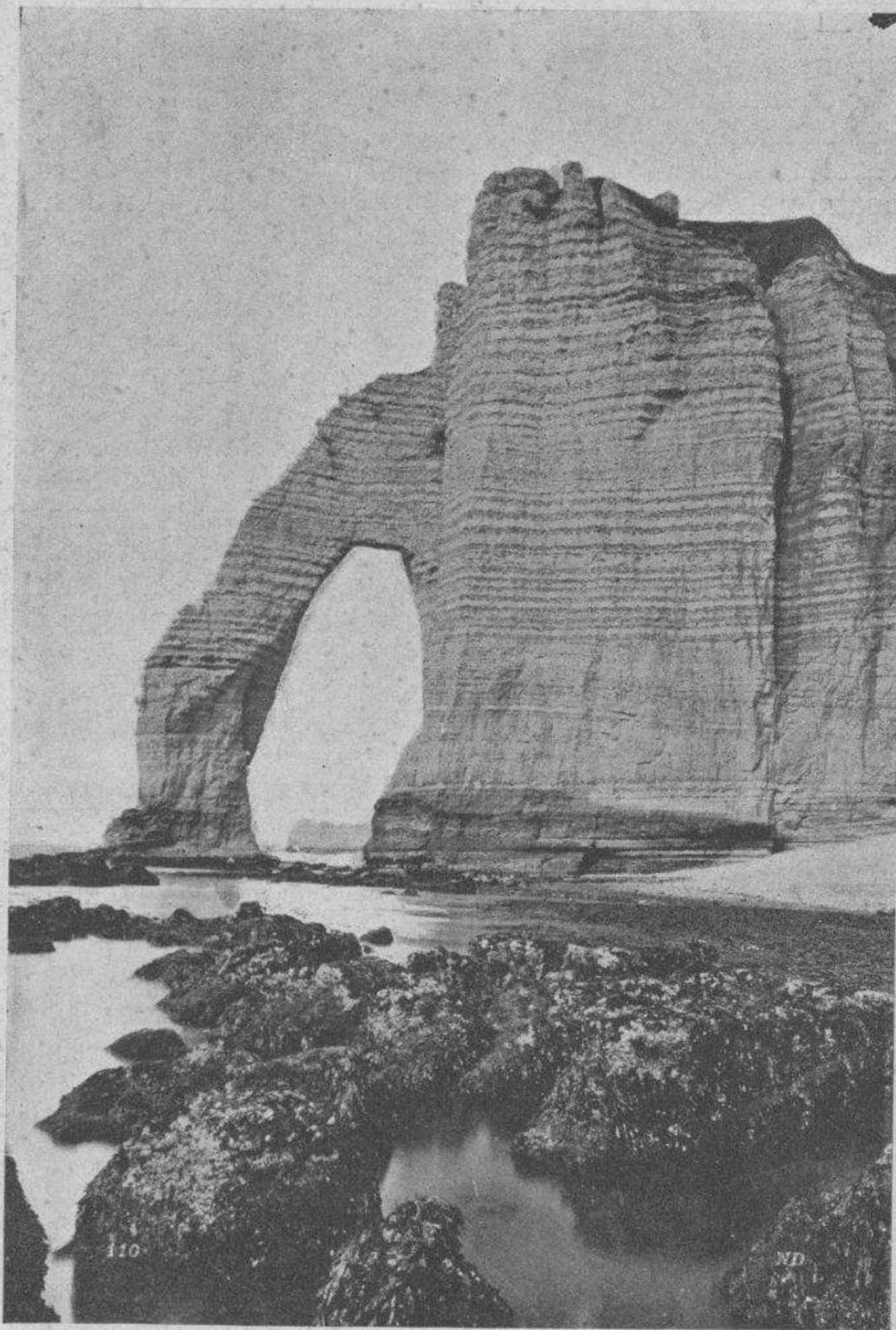
— Señora Hermenegilda Castriño.

La interpelada no contestó; hizo una mueca de desdén y volvió la cara á otro lado, mirando con soberano desprecio al obeso fraile que respiraba como un paquidermo que se asfixia, al Presidente de Sala que temblaba como un azogado y al Profesor de Filosofía cuyo semblante era de un hermoso verde-difunto.

— Señora Hermenegilda Castriño, — repitió el bandolero, — ¿es usted sorda por ventura?

— ¿Sorda yo?... — repuso ella echando con mucha gracia la punta de su pañolón sobre el hombro izquierdo; — ¡Ca! hijo, si me pinto sola por la finura de oído...

ALREDEDOR DEL MUNDO



ETRETAT. — Entrada á la gruta durante la marea baja

— Entonces ¿ por qué no contesta usted cuando se la llama ?

— Pero, criatura, si no hay aquí más mujer que yo ¿ qué necesidad tengo de contestar « presente » ? ... ¿ Tiene usted miedo de confundirme con alguno de esos cabayeros y de tomarme por un franciscano ó un Presidente de Sala ?

Soltaron los ladrones, á pesar del respeto que les inspiraba su capitán, una homérica carcajada, lo cual hizo fruncir el entrecejo á éste.

— Muchos bríos gasta usted, prenda... — dijo mirando de hito en hito á la viajera.

— No lo sabe usted bien todavía... Con decirle á usted que en Lavapiés me llaman la Briosa... Conque hágase usted cargo...

— ¿ Y á mí sabe usted, salero, cómo me llaman ?

— Ni ganas, buen mozo... Con saber que es usted ladrón me basta.

— Ladrón soy... y á mucha honra; sí, señora, y sepa usted y sepan todos que con José Antonio el Burgalés no se jalea nadie; ¿ se va enterando usted ?

Extremeciéronse todos los viajeros al escuchar este nombre, muy sonado entonces en la provincia de Toledo, y tanto más temido en aquel momento, cuanto se venía creyendo desde algún tiempo que el temible facineroso había muerto, ó huido cuando menos. Su desaparición, que se prolongara durante algunos meses, había hecho concebir optimistas presunciones que de pronto se desvanecían con esa reaparición inesperada. La indefensa cofradía de viajeros quedó enterada, á excepción de la intrépida Hermenegilda, que se encogió de hombros como para decir : ¿ y á mí, qué ?

Concluyó José Antonio de pasar lista llamando á los dos últimos personajes que ésta contenía y que eran los de la *raca*: un estudiante sopista y un cómico de la legua. A decir verdad, estos dos, que iban bastante derrotados y mugrientos, parecían mucho menos inquietos que sus compañeros.

— Señores: — exclamó el Burgalés tras una pausa y después de escuchar el parte que en pocas palabras le dió en voz baja su segundo acerca de la cuantía del botín : — Tengo por costumbre, y salvo cosas excepcionales, el dar rienda suelta á mis prisioneros una vez cobrado el impuesto de guerra que nos pertenece por derecho legítimo de conquista. Ante todo soy caballero y no me gusta molestar inútilmente á nadie. Pero conforme acabo de indicar, pueden existir casos excepcionales, y hoy, por la misma naturaleza de las cosas, nos encontramos dentro de una excepción. Por lo tanto, el consejo de guerra, bajo mi Presidencia, va á deliberar y dentro de un rato se os hará saber el resultado de sus deliberaciones. Entre tanto se os autoriza para esperar sentados... en el suelo los acuerdos inapelables del Consejo.

Como se ve, José Antonio se expresaba con facilidad y hasta con cierta elegancia. Lo cual hacía honor tanto á su inteligencia como á los profesores del Seminario en que había pasado tres años de su adolescencia. José Antonio era un salteador ilustrado.

Pero su breve arenga causó una impresión desastrosa en los ánimos de sus oyentes, y especialmente del Presidente de Sala, cuyo cuerpo experimentó un sacudimiento nervioso: del Provincial, cuya faz ordinariamente rubicunda, se tornó de un pálido intenso, y del Catedrático de Filosofía, que no pudiendo ya cambiar de color, cayóse por la fuerza de la emoción y se encontró sentado en el suelo.

El capitán hizo una señal á los cuatro individuos más ancianos de su cuadrilla, y con ellos se retiró hasta cierta distancia, á la sombra de unos algarrobos, en donde se sentaron en círculo para formar consejo.

(Concluirá).

JUAN BUSCÓN.

¿Qué ha pasado?

CUENTO

No había en todo el lugar, según decía la gente, asno más inteligente que el que tenía Gaspar.

Con su apostura gallarda y su lustroso pelaje, era todo un personaje cuando vestía... de albarda.

Para formular sus quejas en exceso al ser cargado, demostraba el desagrado inclinando las orejas.

Si alguna vez le hostigó su dueño con saña impía, no dijo « esta boca es mía : » solamente suspiró.

A su deber siempre atento, del bien comprendió la ciencia, y llegó á ser la decencia

distrazada de jumento.

¿Qué más? Hasta don Marcial lo citaba por modelo cuando en clase á algún chicuelo le enseñaba la moral.

Cuando sus maneras cultas hubo la fama esparcido, el médico ya advertido llegó á pedirle consultas.

Y creciendo la marea viendo todos su saber, llegó en poco tiempo á ser oráculo de la aldea.

Sus movimientos seguían, espían sus acciones y todos los corazones del suyo á compás latían.

Una vez... ¡ Oh, desencanto ! el pollino rebuznó

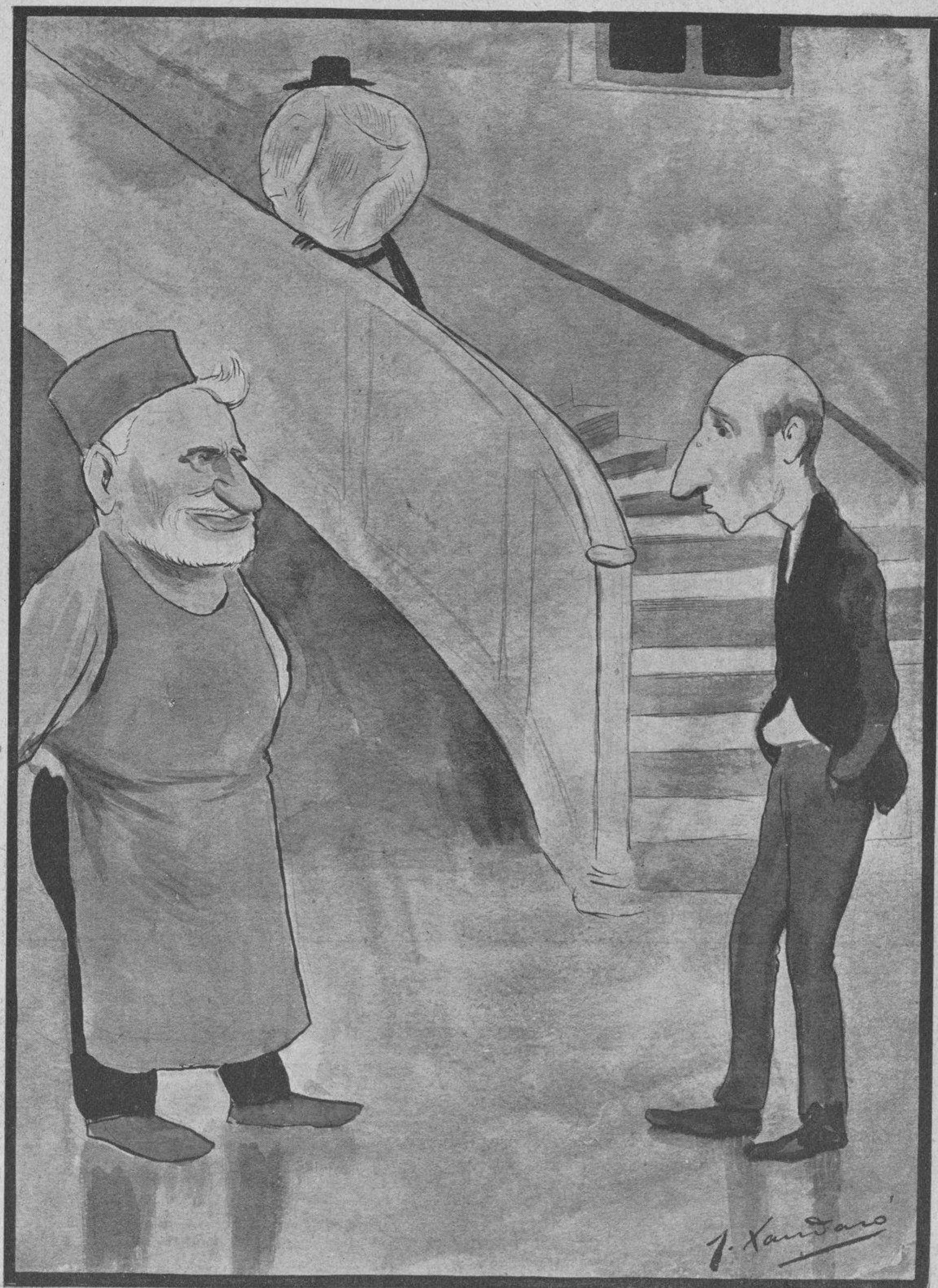
y la gente que le oyó, presa del mayor espanto, se reune de improviso y exclama con triste acento:

— ¡ Ha rebuznado el jumento !
¿ Será del cielo un aviso que nos anuncia algún mal ?
Y todos perdiendo el tino á la casa del pollino corren con ansia mortal.

Con acento desgarrado los que antes llegan allí dicenle á Gaspar así :

— ¿ Qué ha pasado ? ¿ Qué ha pasado ?
Y les contesta el simplón, sin hacerse de rogar :
— Lo que acaba de pasar es... la pollina de Antón.

PASCUAL MONTAGUT.



— Portero: ¿sabría usted si han subido los cambios?
— No señor, nó, pero el pan sí; ahora sube.



Un individuo no puede pagar al casero los muchos meses de alquiler que le debe.

— Para que vea usted si soy generoso y considerado, dice el casero, echo al olvido la mitad de la deuda.

— Pues yo no quiero ser menos que usted, replica el deudor, y olvido la otra mitad.



En el estudio de un escultor:

Un caballero examina el busto que de su mujer le ha hecho el artista, y dice:

— Convengo en que no está mal, pero mi esposa es de carácter dulce y aquí tiene una expresión dura. Falta también dulzura en las líneas.

—Tenga usted presente— contesta el artista— que yo soy escultor y no confitero.



En el intermedio de un baile:

— Mire usted, señora, mire usted que feo es ese individuo que está apoyado en la chimenea.

— Caballero, es mi marido.

— ¡Ah, señora! ¡Cuán cierto es el refrán que dice que los hombres más feos son los que tienen las mujeres más hermosas.



Por grande y digno que sea el objeto á que se aspira, si el que para alcanzarle se vale de medios miserables, es siempre un miserable.



ROMPE-CABEZAS

Buscar un nombre y apellido que leyéndole al derecho y silabeándolo al revés señale á un popular actor de la Península.



CHARADA

Así á su novia decía
el hijo del herrador,
chico listo, algo travieso,
pero muy trabajador.

—Tiene tu padre costumbre
de irse á la era á dormir,
y como *primera* poco
algo le puede ocurrir.

Ayer una de las mulas
no se cómo se soltó,
y aunque yo gritaba *cuarta*
el caso es que le pisó.

Según me ha dicho un gañán,
anda rondando la era

un reptil *un dos tres cuatro*
de fuerte *una dos tercera*.

Con que á ver si le convences,
no tengamos que sentir;
pues si ese bicho le pica,
puede llegarse á morir.



Solución á la charada del número anterior:
MORA.

Correspondencia

S. V. H.—Valencia.—Se conoce que escribió usted en los momentos en que el Turia se salía de madre. Cuando baje la marea, pulse de nuevo la lira, y veremos.

G. B. A.—Granada.—No era preciso que dijese que es poeta novel. Se advierte á la legua. ¡Ah! mire usted: *tuviese* se escribe con *v*. Si ha de seguir mi consejo, no se caliente la cabeza. Quizás el destino le tenga reservado un porvenir brillante dedicándose al comercio, ó á lo que quiera.

Don Nadie.—Muy descuidada la forma, y el asunto demasiado trivial. Tal vez en otra ocasión le complazca — A. S., Gerona; J. S. M.; *El mameluco*, Cáceres; I. P., Reus.—No sirven, y lo siento por los cinco céntimos que cobra el cartero por cada carta.

V. S. C.—Barcelona.—Francamente, allá en la tierra de los cuatro regajos, lo celebrarían; aquí... ya comprenderá que vale más ir con los amigos á *La Catedral*, como decía Parra. Afectos á Cataclismo.

Lepé, Lepijo y su hijo.—A estudiar á Salamanca.

Mechero.—¿Aüer? Para un reclamo bueno, pero no encaja en la índole de LA SAETA.

Dos nenes.—Decidle al amigo que os ha corregido la poesía, que las décimas han de tener diez versos.

Y... perdonen ustedes que no conteste más cartas. ¡Estos colaboradores espontáneos, son terribles!...

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.